

207-21

LUNES DEL "LISTIN."
PROPAGANDA DE LA LITERATURA NACIONAL.
DIRECTOR: ENRIQUE DESCHAMPS.

ESTUDIO CRITICO

DE

ENRIQUILLO,

LEYENDA HISTORICA DOMINICANA, ESCRITA

POR

DON M. DE J. GALVAN.

[A la Juventud estudiosa de la República]

SANTO DOMINGO.
IMP. "CUNA DE AMERICA."—J. RDO. ROQUES.
1897.



INTRODUCCION.

ESTIMANDO la relativamente considerable circulación del LISTIN DIARIO como elemento de útil aplicación en la obra de la propaganda de nuestra cultura, me propuse, al aceptar la dirección de sus LUNES literarios, explotar esta excelente circunstancia, convirtiéndola en vehículo de las manifestaciones de nuestro adelanto intelectual.

Y asociando este propósito á la idea de comprometerme á ocupar las columnas de la edición literaria por mí dirigida con producciones de entidades literarias nacionales exclusivamente, bauticé mi humilde labor con el nombre de PROPAGANDA DE LA LITERATURA NACIONAL.

De acuerdo, pues, con el sintético programa que constituye este rubro, y deseando hacer ostensiblemente positiva esta propaganda, he resuelto—para cerrar mis modestos trabajos de LOS LUNES—reimprimir en forma de libro la interesante serie de artículos á que sirven de introducción estas lí-

neas. Y al hacerlo así, creo realizar el propósito que me ha inspirado, porque con la reimpresión del *Juicio Crítico de Enriquillo* se verifica del mejor modo la propaganda de los altos é indiscutibles méritos de una obra que ocupa el primer puesto entre nuestras obras literarias nacionales.

Por un poderoso motivo más me sentiré sinceramente obligado al reconocimiento que debo ya al público, si acoge con su habitual indulgencia para conmigo mi último esfuerzo en la humilde mas desinteresada labor de los LUNES.

Séame permitido terminar estas líneas invitando respetuosamente á la lectura de *Enriquillo* todas las personas que no lo conozcan, asegurándoles —de acuerdo con cuántos lo han juzgado— que “en él encontrarán, condensada, concreta, la sustancia de los más altos principios políticos, filosóficos y morales, como se halla en rico panal la perfumada miel extraída con maravilloso arte por la industriosa abeja de las flores de más exquisita fragancia y lozanía.”

ENRIQUE DESCHAMPS.

Carta abierta.

Santo Domingo, Julio 1º de 1897.

Señor Don

Manuel de J. de Peña y Reinoso.

Mi querido amigo:

En lo que me concierne, como autor de una obra favorecida con la más indulgente de las críticas, sólo me es dado agregar el honorable nombre de V. á la lista de amigos apasionados del último Cacique de Santo Domingo y primer reivindicador armado del derecho humano en América.

Desde que la memoria del héroe salió de su tumba secular en las páginas de un modesto libro realzado por nuestro José Joaquín Pérez con un prólogo digno de su inspirada pluma de pensador y de poeta, ha venido inscribiéndose—durante quince años—en esa lista una no corta serie de nombres distinguidos, muchos de ellos ilustres, y cuya entusiasta adhesión vale infinitamente más que el mismo libro. Ahora, V. levanta ese mi pobre esfuerzo mental á la categoría de un *tema*, al cual cree adaptable la demostración didáctica de lo que son y deben ser las creaciones artísticas en el campo ideal, *infinito*, de las letras; tema que V. ha des-



arrollado en forma tan nueva, con tal riqueza de sentido y de expresión, con tanta magnitud y largueza de miras para el provecho intelectual de la juventud estudiosa, á la que V. dedica su disertación crítica, y para el bien de la Patria, objeto moral del libro, que el corto valor literario de este desaparece, eclipsado por los mismos destellos de luz que sobre él proyecta la labor científica con que V. ha querido enaltecerlo.

Por eso he dicho, al comenzar, “En lo que me concierne”, pues, si yo recibo favor, muy grande por cierto, en que una obra mía haya alcanzado la alta graduación que V. le atribuye en su ilustrada crítica, lo cierto es que esta se eleva á mayor altura, abriendo horizontes de luz á las aficiones literarias de la juventud patria, por cuyo bien labora V. con incansable afán, y señalando derroteros seguros á las iniciativas de cuantos desean, pueden y deben impulsar por la vía del progreso intelectual y de la cultura moral los destinos de la sociedad dominicana.

De hoy en adelante, querido compañero, yo pienso y creo que más utilidad ha de derivar nuestro pueblo de que se lea y se estudie la reflexiva crítica de V., que de la lectura del libro que es su objeto; porque en aquella se encuentra condensada, concreta, la sustancia política, filosófica y moral de la obra, como se se halla en rico panal la perfumada miel, extraída por la industriosa abeja de las flores más toscas é inodoras.

Gracias, mil veces repetidas, le tributa su affmo. amigo y compañero,

MANUEL DE J. GALVAN.



ESTUDIO CRÍTICO DE ENRIQUILLO,

LEYENDA HISTÓRICA DOMINICANA, ESCRITA

POR

DON M. DE J. GALVAN.

(A la Juventud estudiosa de la República)

I.



HACE meses que vengo aprovechando mis brevísimos ocios para leer y releer detenidamente los más notables libros y folletos constitutivos de nuestra incipiente Literatura objetiva; y acabo de efectuar la tercera lectura de la preciosa obra indicada en el epígrafe de este humilde trabajo literario.

Y por cierto que han sido inefables el suave placer y aún el acerbo dolor por mí sentidos al efectuar dicha tercera lectura.—Sí, que—sin salir de mi modesto estudio—me he deleitado, leyendo á *Enriquillo*, en la contemplación subjetiva de nuestros magníficos valles, en los cuales se combinan siempre todos los verdores que sólo durante

la primavera ostenta la vegetación de los climas templados; y serpean, rumorosos, humildes arroyos y soberbios ríos; y alardean matices y perfumes incontables flores silvestres; y ondea la fresca yerba, acariciada por la deliciosa brisa; y pacen y retozan numerosos ganados; y llenan de vida y armonías el aire innúmeras aves; y se confunde á lo lejos el pardo azul de nuestros empinados montes con el claro azul de nuestro purísimo cielo.—Y sí, que—sin salir de mi modesto estudio—he visto, leyendo á *Enriquillo*, y también subjetivamente, sentir, pensar, proceder, como si vivieran aún, la úna frente á la ótra, dos civilizaciones muertas: la civilización española de los siglos XV y XVI, con su fanatismo religioso, y su exclusivismo de castas, y sus preocupaciones étnicas, y su valor legendario, y su destreza militar, y su codicia aventurera, hijo tódo de los ocho siglos de azarosa, aunque intermitente guerra, hecha por sus mayores para la reconquista de la más valiosa de las penínsulas europeas; y la civilización antillana de los mismos siglos, con su apacible politeísmo, y su paternal patriarcado, y su sencilla hospitalidad, y su feliz ignorancia de las crueles artes de la guerra, y su anable desinterés, hijo tódo de lo primitivo de su vida social.—Y navegar la soberbia carabela á par de la humilde piragua; y elevarse el suntuoso palacio cerca del pobre bohío; y brillar los magníficos trajes de Europa en aquel tiempo junto á la inocente semidesnudez de las Antillas entonces; y acordarse el agudo sonar del clarín con el grave sonar del caracol; y oponerse al rayo del mosquete y de la culebrina el punzón y la piedra del arco y de la honda respectivamente, y á la diligente espada la torpe macana; y confundirse la sangre y las lágrimas de los civilizadores

con la sangre y las lágrimas de los civilizados....
Y he exclamado, tal vez á pesar mío: “*Sic semper!*—Así siempre y en todos los climas!”....

Concebí entonces el pensamiento de agradecer públicamente al cultísimo autor de *Enriquillo* los inefables placer y dolor espirituales mencionados; y ello con el anhelo de suscitar en ótros y ótros, en muchos, el deseo de sentirlos asimismo. Debía, pues, escribir, siquiera fuera tímidamente, un estudio crítico del libro aludido.

Mas, aunque sólo había leído algunos de sus respectivos trabajos, sabía yo que otros admiradores de la misma obra me habían precedido en tan espinosa labor.—El delicado cantor de las épicas tradiciones quisqueyanas, don José J. Pérez; el espontáneo crítico nacional, don Rafael A. Deligne; el gallardo literato, infatigable apóstol y fecundo mártir cubano, don José Martí; el delicioso periodista venezolano, don Nicanor Bolet Peraza; y otros y otros notables autores hispanoamericanos y españoles....

Sintéticos eran, empero, los juicios que de *Enriquillo* habían caído en mis manos: podía yo, pues, emprender un juicio analítico de nuestra jugosísima primera leyenda histórica; y—aunque no es analítico mi gusto literario, y sin embargo de saber yo que raras veces acertamos laborando en contra de nuestro gusto,—emprendo, pues, el análisis crítico del precioso libro de mi estimado y querido, de mi leal y generoso compañero y amigo, don M. de J. Galván.



II.

“El estilo es el hombre,” dijo, dice, dirá por los siglos de los siglos, pues la verdad es eterna, el naturalista poeta conde de Buffón, expresando en impeccedera síntesis que cada hombre se explica según su temperamento, su instrucción y su gusto literario, adquirido éste último en las lecturas que haya preferido. —La creación refleja al creador, digo yo, dando mayor trascendencia á la admirable síntesis aludida, y adoptando la ingeniosa paráfrasis que del teorema filológico “tál el autor, tál la obra”, hace en su estudio del libro que me ocupa nuestro genial crítico, don Rafael A. Deligne. —Sí, ciertamente, pues el asunto de *Enriquillo* y las enseñanzas que de él deriva nuestro Galván reflejan en todos sus principales rasgos el dignísimo carácter de este honrador compatriota nuestro, discreto elogiador de todas las energías morales y censorador discreto de todas las morales flaquezas. —Ciertamente que sí, pues la forma del mismo *Enriquillo* y las varoniles bellezas que lo exornan reflejan asimismo en todos sus rasgos principales el gratísimo trato de este correcto caballero, cumplido apreciador de todas las prácticas de discreta cortesía, y desdeñador cumplido de todas las omisiones de cortesía discretá. Y luego, cuánta amarga decepción referente á nuestro ayer, cuánto laso desaliento referente á nuestro hoy, cuánta renaciente fe referente á nuestro mañana, revela en su cultísimo autor el meditado *Enriquillo!* “El estilo es el hombre”; tál el autor, tál la obra”; la creación refleja al creador



Y, pues acabo de definir el autor de *Enriquillo*, debo asimismo definir esta obra, antes de analizarla, aunque no falten autorizados ejemplos que pudieran decidirme á efectuar ésto antes de efectuar aquéllo.

“Cómo ha hecho usted para reunir, en un sólo libro, novela, poema é historia?” Esto escribe el conciso Martí al discreto Galván en la á la vez breve y larga carta en que le ofrece “publicar los méritos del libro” que entonces (19 de setiembre de 1884) le ocupaba á él, Martí, y que me ocupa á mí ahora.

Queda, pues, definido *Enriquillo*.—Es historia, por cuanto lo es la narración lógica de hechos reales de la vida humana, para execración perpetua del mal, para glorificación perpetua del bien, y para comunicar á las generaciones vivas la experiencia de las generaciones muertas; y narraciones de esta especie son vários de los capítulos de *Enriquillo*.—Es novela, porque lo es la narración, lógica asimismo, de hechos imaginarios, pero verosímiles, para solaz y educación de sus lectores; é igualmente son narraciones de esta especie vários de los capítulos de *Enriquillo*.—Y es poema, es decir, poema épico, porque lo es la narración, lógica también, y además altamente poética, de hechos que revelen en todas sus fases el estado social de un pueblo, ó de varios pueblos, ó de todos los pueblos, en un momento histórico, y que hayan influido radicalmente en sus destinos; y narración de esta especie es la constituida por los once últimos capítulos de *Enriquillo*.

Y cuenta que—como lo hace observar oportunamente don Rafael A. Deligne—es tál la amena

lógica y aún la galana sencillez de todas estas narraciones, que sólo conociendo bien los hechos reales á que se refieren, puede el lector distinguir lo histórico de lo novelesco, y aún de lo legendario en ellas. Y cuenta, por otra parte, que—entre los novelistas históricos que he leído—sólo Walter Scott, el célebre novelador y poeta escocés cuya gloria literaria brillara espléndidamente á fines del último tercio del precedente siglo y en todo el primer tercio del siglo actual, había alcanzado esta envidiable perfección, hija más del carácter que de los esfuerzos del escritor.

Y la dificultad de alcanzar los noveladores históricos esta envidiable perfección estriba, sin duda, en la frecuencia con que el espíritu humano se apacienta en la creación ó en la admiración de lo maravilloso. Este apacientamiento ha inspirado muchos capítulos del Ramayana, del Mahabharata, de todas las mitologías; y las leyendas que abrillantan el génesis de todos los pueblos; y las novelas caballerescas que extraviaron el gusto literario de los últimos siglos medios, y aún del primero de los siglos modernos, y que abolió, en el segundo de éstos y por medio del ridículo, el ingenioso Cervantes; y las novelas históricas deformadoras de los acabados modelos que nos dejara el célebre novelador escocés.—Necesita, pues, el novelador histórico, sobre tódo si pertenece á nuestra soñadora raza latina, una insuperable discreción literaria, para nó arrojar sombra, en vez de arrojar luz, sobre la Historia.—Y nuestro Galván ha hecho modesto y por lo mismo meritísimo alarde de esta insuperable discreción en la composición de su *Enriquillo*.....

III.

Es el asunto de una producción literaria, es decir, de un discurso, de un relato, de una lección, de una carta, de una poesía lírica, dramática, mixta, descriptiva, ó didascálica, el objeto, propiedad ó fenómeno, ó el conjunto de objetos, propiedades ó fenómenos afines que la inspiran. Así, pues, como el tallo ó el tronco de un vegetal absorbe, por medio de la raíz, los sucos contenidos en el humus de la tierra, y los esparce, por medio de la rama, en la hoja, en la flor y en el fruto, recibiendo, en cambio, y por medio del priméro de estos tres últimos órganos, el aire y la luz del cielo; así el asunto de una producción literaria absorbe, por medio de la inteligencia de su autor, las bellezas que atesora, y las esparce, por medio de la inventiva y del sentimiento, en la disposición y en el lenguaje correspondientes, recibiendo, en cambio, y por medio de la inteligencia, de la inventiva y del sentimiento asociados, el movimiento, el calor y los esplendores de la vida. Y —cuando aquella absorción y este esparcimiento son magistrales— las bellezas absorbidas, abstraídas, creadas así, se destacan perpetuamente de la naturaleza ó de la sociedad en que sus afines yacen, y de donde las hiciera surgir el *fiat lux!* del genio.....

Así se explica, por ejemplo, que Esquilo, el más profundo de los dramaturgos antiguos, encarnara en su *Prometeo* el eterno anhelo humano de la realización terrena de lo ideal; y encadenara

su anhelador eterno á la eterna roca de la vida; y pusiera á su lado el buitre eterno de la realidad, devorándole por toda la eternidad las siempre renacientes, las eternas entrañas Así se explica, verbigracia, que Shakespeare, el más profundo de los dramaturgos modernos, encarnara en su *Hamlet* el escepticismo que han inspirado, inspiran é inspirarán siempre y en todas partes las miserias morales de todas las cortes, y aún de todas las metrópolis

Ahora bien, el principal asunto de *Enriquillo* es el tabor histórico de *Guarocuya*, último de los caciques de esta Isla, por medio de la emancipación de los últimos indígenas de la misma. Y este asunto era digno de una leyenda, de una historia, de una novela histórica, de una epopeya, de un libro como el priméro de nuestro Galván.—Sí, en efecto, que los últimos indígenas de esta Isla, que los últimos vasallos del último cacique quisqueyano, fueron los primeros siervos emancipados por sí mismos, y con su sangre y sus lágrimas, de que hace mención la Historia —Sí, en efecto, que Moisés no liberta á los hebreos, sino sacándolos de Egipto; y los innominados caudillos ilotas sucumben siempre á la superioridad del armamento, táctica y estrategia de los espartanos; y los Espartacos son siempre debelados por los Crasos, quedando siempre sujetos al molino y á la ergástula los esclavos latinos

Acaso sin fijarse, nó obstante, en la singularidad de este hecho, suministra el mismo Galván



(*Enriquillo*, Capítulo XLVIII,) razones que lo explican.

“El alzamiento del Bahoruco, dice, aparece como una reaccion; como el preludio de todas las reacciones que en menos de cuatro siglos han de aniquilar en el Nuevo Mundo el derecho de conquista. No sabemos si los hombres de estado españoles de aquel tiempo, que dieron harta importancia á la rebelion de *Enriquillo*, entrevieron el cumplimiento de aquella ley constante de la naturaleza, y guardaron, no obstante, discretamente la observacion en su conciencia. Mas Las Casas lo previó, elevando en sus inmortales escritos el tono hasta la inspiracion profética.—*Tenemos, dice, que aquel gravísimo pecado (la esclavitud) ha de ser causa de la total ruina de la república de España, si Dios no lo repara, ó nosotros no lo enmendamos.* (Historia de Indias, Capítulo CXXXV).”

“Escritores y poetas explicaron entonces la fortuna y las victorias del Cacique por la molicie de costumbres y el apocamiento de ánimo en que habían caído los antes rudos y sufridos pobladores de la Española. Explicacion inadmisible, porque en Méjico, en el Perú, en Castilla de Oro, en todo el Continente, iban á realizar épicas proezas muchos de los mismos que salían descalabrados de las Sierras de Bahoruco.—Lo cierto era que *Enriquillo*, y por reflexion sus indios, habían alcanzado ya la plenitud de civilizacion indispensable para apreciar las fuerzas de los dominadores europeos, y medir con ellas las suyas, sin la temerosa supersticion del salvaje, tan favorable al desenvolvimiento de aquella prodigiosa conquista de América, en que entraron por mitad el valor fabuloso

de los vencedores y la fabulosa timidez de los vencidos.”.....

Más, sean cuales fueren las razones del hecho que sirve de asunto principal á *Enriquillo*, es épico este asunto, por cuanto sintetiza el choque definitivo de dos civilizaciones.—Felicito, pues, cordialmente á Galván, por haber elegido para su primer libro este épico asunto.—Hasta esta elección da testimonio de su discreción literaria.—Los espíritus vigorosos descogen en las eminencias sus robustas alas.

IV.

Y he llamado “asunto principal de *Enriquillo* el tabor histórico de *Guarocuya*, último de los caciques de esta Isla”, porque dicho libro consta, además, de dos asuntos accesorios, de dos episodios interesantísimos: el matrimonio de don Diego Colón con doña María de Toledo constituye el úno; y los amores de doña María de Cuéllar con don Juan de Grijalva constituyen el ótro.

“La unidad de la acción épica no excluye los episodios, dice, si mal no recuerdo, un entendido preceptista. Mas ellos han de ajustar naturalmente donde se coloquen. Han de tener con el asunto principal suficiente conexión, para que no

parezcan pegados á él por la sola voluntad del autor. Han de ponernos, empero, á la vista objetos diferentes de los que los preceden y de los que los siguen. Han de estar, por último, trabajados con mucho esmero, como que son adornos, y sólo se permiten para dar variedad al poema.”

Ahora pues, todos estos preceptos los cumple admirablemente nuestro Galván en los dos episodios mencionados.—Del priméro se sirve para bosquejar ó recordar al lector el complejísimo carácter de don Fernando V. de Aragón, apellidado *el Católico*, y que tanta parte tuvo en las horribles desgracias de conquistadores y conquistados en América.—Para delinearle asimismo las nobles personalidades de don Diego Colón y de doña María de Toledo, bajo cuyo nominal virreinato en el Nuevo Mundo se preparó y aún se inició la sencilla pero interesante epopeya que sirve de principal asunto á *Enriquillo*.—Y para bosquejarle con líneas eficacísimas las costumbres españolas de aquella época, que á la vez que produjo adorables resignaciones cristianas, como la de María de Cuéllar, y augustas actividades evangélicas, como la de Bartolomé de Las Casas, generó intrigantes desalmados, como Miguel de Pasamonte, y desalmados gobernantes, como Nicolás de Ovando.... Acaso también se propusiera Galván aumentar—con el segúndo de estos dos hermosos episodios—el interés de la primera parte de la providencial preparación psicológica de *Enriquillo* como libertador de sus últimos compatriotas.

No podrían, pues, suprimirse los episodios aludidos, sin dejar incompleto el asunto principal. El arte tiene, como la naturaleza, sus hechiceras armonías.—Suprímase, subjetivamente, los bajos relieves en ciertas arquitecturas, en la arquitectura asiria, por ejemplo; y quedarán mudos, para la historia de las costumbres en los pueblos que tuvieron por metrópoli á Ninive, los monumentos de ladrillos cocidos al sol, y que el tiempo va convirtiendo otra vez en arcilla. . . .—Suprímase, subjetivamente asimismo, el lozano verdor de los campos y el espléndido azul de los cielos en un animado paisaje intertrópico; y quedará desnaturalizado ese animado paisaje. — Suprímase, también subjetivamente, la expresión en un acabado grupo escultórico; y quedará sin alma, sin vida, el acabado grupo. — Suprímase, asimismo subjetivamente, en una verdadera poesía lírica, sea en la espléndida “Silva á la Agricultura de la Zona Tórrida”, del publicista más ilustrado, del filólogo más erudito, del poeta más americano de todos los publicistas, filólogos y poetas del Nuevo Mundo; suprímase, digo, en aquella espléndida oda, la inimitable pompa prodigada en la descripción de la magnífica naturaleza de los trópicos; y la acerba energía puesta en el bosquejo de nuestras prematuras molicias y disipaciones; y la deliciosa naturalidad empleada en la tala, que- ma y siembra de nuestros ubérrimos campos y en el desenvolvimiento y cosecha de nuestros riquísimos frutos; y la varonil ternura puesta en la patriótica exhortación al trabajo dirigida á las jóvenes naciones hispanoamericanas; suprímase, repito, en aquella inmortal producción todo esto, que es incontestablemente accesorio, sin embargo; y la inimitable poesía quedará convertida en una



común disertación agrícola.—Suprímanse, también subjetivamente, los dos mencionados episodios de *Enriquillo*; y quedará trunca su amena lógica, y descuajada su gallarda lozanía literaria.

También, pues, por la acertada elección de estos dos interesantes asuntos accesorios de su épico asunto principal, por estas adecuadas estribaciones de la hermosa eminencia en que ha descogido las robustas alas de su vigoroso espíritu, felicito cordialmente al discreto autor de *Enriquillo*.

V.

El orden en que cada autor expone el asunto de cada una de sus producciones literarias, teniendo por criterio capital en él la consecución de sus principales propósitos en ella: hé aquí lo que llama disposición la Crítica. Y—así como, obedeciendo al mirífico plan de la Causa Primera, la atracción de nuestro sol se equilibra con la proyección de nuestros planetas, resultando, de este equilibrio, movimiento, luz, calor, color, vida y belleza perennes en nuestro sistema solar;—así el ingenio y el sentimiento de cada autor—si son bien dirigidos, en la disposición de sus obras, por la razón, que sirve de centro á estos dos creadores atributos psíquicos,—generan belleza, vida, color, calor, luz y movimiento perennes en ellas.

Así se explica el creciente interés con que el lector ilustrado sigue, subjetivamente, las peripe-

cias de una novela magistralmente escrita, de nuestro *Don Quijote*, por ejemplo; y digo de *nuestro Don Quijote*, porque esta obra monumental pertenece á todos los pueblos que tienen la dicha de expresar sus ideas, juicios y pensamientos en la rica, harmoniosa y pintoresca lengua de Castilla; á todos los pueblos que tienen á la vez la desgracia de presentar á cada paso realizados, en sus clases superiores el valiente y generoso á la par que insensato *Caballero de la Triste Figura*, y en sus clases inferiores el abnegado á la vez que malicioso y egoísta *Sancho*. Así se explica también el interés inefable con que el espectador culto sigue, subjetiva y objetivamente á la vez, el enredo de una composición dramática, de *Otelo*, verbigracia, execrando las infames calumnias de *Yago*, sufriendo los implacables celos del vencedor de Chipre, y sintiendo las horribles angustias de la injusta muerte de *Desdémona*

Ahora bien, la disposición del precioso libro que analizo no viene á ser otra cosa que el estudio, sintético, pero luminoso, de la conquista, colonización, naturaleza y sociedad de nuestra Isla en el primer tercio del siglo xvi de nuestra Era; tódo como preparación psicológica del tabor histórico de *Enriquillo*, del libertador de los últimos quisqueyanos

Nada más lógico, nada más natural, por otra parte.—Para formarse idea aproximada de la obra redentora de JESUS, por ejemplo, debe el historiólogo estudiar el estado religioso, civil y político de



los pueblos civilizados en el siglo cuadragésimo del Mundo y primero de la Era Cristiana.—Debe saber que ya el magnífico arte griego había dado á los dioses la mayor perfección física y la mayor imperfección moral que para los hombres había imaginado.... Y que la esclavitud de los vencidos había hecho olvidar á los vencedores la natural fraternidad y la igualdad virtual de todos los hombres, encarnando—en señores y siervos á la vez, y aún en sus descendientes durante muchos siglos después de la servidumbre,—su ignominiosa abyección, cuando sirven, y su criminoso abuso de dominio, cuando son servidos..... Y que—ejercidos por los soberanos todos los poderes públicos, y sintetizadas inmediatamente por ellos todas las públicas instituciones,—estaban inertes todas las demás iniciativas sociales.... Así sólo puede el historiólogo formarse aproximada idea de la obra redentora de JESUS, verbigracia; de la redentora doctrina cuya vivífica luz esplende yá en el apacible misterio del hogar bendito; en la fecunda actividad de la escuela ilustrada; en el místico recogimiento del templo ejemplificador; en la independizadora labor del taller honrado; en la caritativa severidad del tribunal augusto; en la honorable gestión del concejo celoso; en la previsora discusión del congreso sabio; en la gloriosa solitud del gabinete patriota; en todas las instituciones honradoras de la actual racionalidad humana, de las verdaderas civilizaciones actuales....

Nada más lógico, nada más natural, pues, que la disposición de *Enriquillo*.

VI.

El estudio de la naturaleza de nuestra hermosa Isla en aquel siglo se halla artísticamente esparcido en toda la preciosa leyenda que analizo; está constituido por las oportunas, sencillas, exactas, deliciosas descripciones que en ella abundan, y de las cuales copiaré algunas más adelante, en ocasión más oportuna. El de la conquista, colonización y sociedad de nuestra hermosa Isla entonces está asimismo artísticamente esparcido en toda la misma preciosa leyenda; está constituido por la prosopografía y por la etopeya de sus principales personajes.

Pueden éstos dividirse en tres grupos: el de los representantes de la impía conquista y el sórdido coloniaje; el de los del perseverante, abnegado y heróico autoctonismo; y el de los del fecundo Evangelio en acción; tres grupos bien distintos, admirablemente exhibidos por Galván, y de cuyos frecuentes conflictos resultan armonías admirables, para solaz y edificación de los lectores de *Enriquillo*.

Nicolás de Ovando, con su execrable implacabilidad de gobernante; Diego Velásquez, con su culpable eclecticismo de conquistador; Diego Colón, sí! Diego Colón, con su acomodaticia entereza de virrey; Miguel de Pasamonte, con sus interminables intrigas; Andrés de Valenzuela, con su

ya hipócrita, ya cínico libertinaje; Pedro de Mojica, con su repugnante codicia y sublevadora bajeza: hé aquí los principales representantes del coloniaje en *Enriquillo!* hé aquí algunos de los por desgracia innúmeros presidiarios de la Historia y del Arte!

Y á propósito, séame aquí permitido discutir la opinión que acerca de don Pedro de Mojica expresa, en su discreto juicio del libro que estudio, nuestro genial crítico, don Rafael A. Deligne.—Según él, «es obligada la intervención de este odioso personaje en las peripecias capitales de la leyenda.»—Y yo me atrevo á asegurar que él es—después de Enriquillo, y de Bartolomé de Las Casas—el más indispensable de todos los personajes históricos ó novelados en la misma leyenda.—En efecto, Mojica representa en *Enriquillo* la perpetua sombra, el mal eterno, persiguiendo acrisolando, embelleciendo, perpetua, eternamente, la luz y el bien, igualmente perpetuos, eternos igualmente.—Es *Yago* en *Otelo*, *Mefistófeles* en *Fausto*, *Judas* en el Evangelio. —Sin él no habría sido María de Cuéllar dechado de obediencia filial y de resignación cristiana; ni Juan de Grijalva, ejemplar de amantes y caballeros; ni Mencía de Guevara, modelo de esposas amantes, fieles y discretas; ni Enriquillo, espejo de libertadores. Séame, pues permitido disentir—en este punto—de nuestro genial crítico, don Rafael A. Deligne.

Camacho, con su evangelica sumisión al nuevo é inicuo orden civil dominante en su patria;

Tamayo con su implacable intransigencia para con aquel nuevo é inicuo orden civil; Enriquillo, con su cauta entereza en las vicisitudes que aquel nuevo é inicuo orden civil le suscitara, y con su olímpico heroísmo, cuando se decidió á sacrificar virtualmente—y para derrocar aquel nuevo é inicuo orden civil—su vida, sus amores, su hogar, y la vida, y los amores, y el hogar de muchos de sus compatriotas: hé aquí los principales representantes del autoctonismo en *Enriquillo!* hé aquí algunos de los por desgracia escasos favoritos del Arte y de la Historia!.....

Bartolomé de Las Casas, con su evangélica actividad; Francisco de Valenzuela, con su probidad evangélica; Pedro de Córdoba y Antón de Montesinos, con su evangélica firmeza: hé aquí los principales representantes del espíritu cristiano en *Enriquillo*; hé aquí también algunos de los por desgracia pocos escogidos por Dios para hacer y trabajar por que se haga su voluntad en el planeta!.....

Mas no había de faltar el iris de la anhelada bonanza en medio de la deshecha borrasca magistralmente descrita por Galván en su *Enriquillo*. —María de Toledo, con su cristiana solicitud; María de Cuéllar, con su filial obediencia; Leonor de Castilla, con su lealtad generosa; Mencía de Guevara, con su discreción adorable: hé aquí las dignas representantes de la mujer ideal, de los ángeles de la tierra, en *Enriquillo*.

Justo es, pues, que—mientras me dispongo á estudiar otras fases de su precioso libro—felicite yo á Galván por la lógica, por la natural, por la eficaz disposición de su obra; por la artística resurrección que de las dos civilizaciones muertas que pinta ha realizado; por hacernos vivir, subjetivamente, la vida que vivieron todos, sí! todos nuestros gloriosos mayores, pues que lo fueron opresores y oprimidos en esta tierra bendita, con tanta sangre y lágrimas regada; en esta tierra bendita, que suscita, que debe suscitar perpetuamente en sus hijos, conmovedores recuerdos y nobles aspiraciones de independencia y libertad....

VII.

A pesar de que en mis dos capítulos precedentes (V y VI) he compendiado el magistral bosquejo del medio natural y social en que física y moralmente se formara Enriquillo para manumitirse y manumitir al escaso número que de sus sencillos compatriotas habían dejado—en esta hermosa Isla y á principios de la tercera década del siglo XVI—la incalificable avidez y sevicia de sus implacables conquistadores; á pesar de ésto, digo, me propongo dedicar este capítulo á estudiar especialmente la acción de este doble medio en aquel ilustre manumisor.

Ahora bien, es indiscutible que hasta en los dominios de la ciencia son útiles, y bellas, y aún tras-

centadales, estas especificaciones.—Así, por ejemplo, la trigonometría, apéndice luminoso de la geometría, de la ciencia de la extensión, es decir, de la ciencia de la distancia, de la forma, de la superficie, del volumen, y aún de la fuerza, del movimiento y de la duración, mediante su aplicación á la mecánica, tiene—entre otros altísimos atributos—el de fijar, imperiosa, infrangiblemente, á los planetas, á los soles, á los sistemas solares, á las constelaciones, á las nebulosas, su inconmensurable campo de acción, de vida, de verdad, de amor, en lo infinito....—Así, verbigracia, la estética, luminoso apéndice de la lógica, de la ciencia de la idea, ésto es, del juicio, del pensamiento, del discurso, del lenguaje, de la racionalidad, tiene el soberano atributo de revelar—en la naturaleza, en la sociedad, y aún en el espíritu del observador, á veces genio, creador mortal é inmortal á la vez,—la extasiadora belleza, “esplendor de la verdad”, como dijera el divino Platón, el augusto fundador del Espiritualismo, el insigne inspirador y maestro de inspiradores y maestros insignes, entre los cuales brillan, como estrellas de primera magnitud en los abismadores cielos de la razón, san Agustín, y Descartes, y Leibnitz, y Bossuet.....

Sabido es que educar, cuenta habida de la etimología de esta voz, significa llevar hacia arriba, elevar física, intelectual y moralmente; y que esta elevación tiene por objeto armonizar el hombre consigo mismo, con la naturaleza y con la sociedad. Por éso la pedagogía se ha empeñado siempre en dar al pueblo nociones capitales y teóricoprácticas de antropología, de cosmología, de

sociología, de estos tres haces de ciencias, de estos tres focos de luz y aliento para el hombre en las batallas de la vida. Mas, al lado de este consciente y científico empeño de la pedagogía, de la escuela ilustrada, propenden al mismo fin, mas empírica y aún inconscientemente á veces, los empeños del hogar, del templo, y hasta de la sociedad misma. Y es de esperarse que todos estos centros de educación se adunen al fin, consciente y científicamente, en esta obra de luz y amor, de verdad y bien, de paz y progreso, de prosperidad y gloria.

Mas, veamos ya cómo, según nuestro Galván, procedieron—en la formación del libertador de los últimos quisqueyanos—la naturaleza y la sociedad de su tiempo.

Guaroa, el abnegado Guaroa, lo enseña á orientarse en nuestros espesos bosques; á soportar el calor en nuestros profundos valles y el frío y la fatiga en nuestras altas montañas; á solicitar de nuestra rica flora y de nuestra pobre fauna primitivas los medios de subsistencia que espontáneamente podían ministrar; á sufrir el hambre y la sed; á arrostrar la más dura y azarosa de todas las guerras, de la guerra de independencia.... Los franciscanos, los caritativos frailes franciscanos, le enseñan las ciencias y letras españolas de aquel siglo, impregnadas aún de sumiso escolasticismo, mas saturadas todavía de ardiente caridad cristiana; de aquel siglo en cuyas iniciales décadas sólo de botín y de glorias militares anhelaban saber los iberos, mas en cuyas décadas finales habían de exaltar la España literaria, entre otros ingenios

ilustres, el elegiaco Herrera, el épico Ercilla, el facundo Lope de Vega, el ingenioso Cervantes, el elocuente fray Luis de Granada, el severo Las Casas, el ameno Hurtado de Mendoza Valenzuela, el probo y pródigo Valenzuela (don Francisco), le proporciona constante ocasión de manejar el caballo, el más útil y fiel amigo del hombre, así en el campo de labor como en el campo de batalla; de dilatar su ancho pecho, atravesando, con la rapidez de nuestras perfumadas brisas, las llanuras de la Maguana; de dirigir, en sierras y valles, el cultivo de los frutos exóticos que cruzaran con los conquistadores las procelosas ondas del Atlántico; de ensayarse, gobernando el hato y la estancia, en el gobierno de los hombres Tamayo, el turbulento, intransigente y bravo Tamayo, le enseña el manejo de las armas europeas en aquel tiempo, y estimula así su hereditaria intrepidez Camacho, el paciente Camacho, lo enseña á sufrir y esperar Y Las Casas, el docto, el caritativo, el perseverante Las Casas, que—en las rudimentarias embarcaciones de aquel tiempo—cruza doce veces el Atlántico en defensa de los oprimidos indígenas del Nuevo Mundo, le enseña á ser sufrido en la desgracia, moderado en la prosperidad, discreto en todo tiempo

Nada, pues, tiene de extraño que—á la par que Enriquillo poseyera, en el más alto grado posible, el perenne valor heroico de su raza y de la raza ibera—poseyera asimismo la caballeresca magnanimidad que ambas han sabido mostrar en épicas ocasiones.—Oh! sí! que—si, por desgracia, es verdad que las guerras sociales é independien-

tistas de la América Española, encarnizadas como todas las guerras de su clase, han inspirado horribles episodios,—también lo es que han abundado en ellas rasgos de generosidad que consuelan al historiólogo, y enaltecen la especie humana.—Enriquillo, San Miguel y Barrio Nuevo dan testimonio de ello en la Guerra de Bahoruco.

Felicítese, pues, Galván, por la educación de su héroe! Felicítese igualmente por la vida del mismo!—El novelista, el dramaturgo y el poeta pueden, deben ser mirados, como padres de los personajes que crean ó glorifican. Y la gloria del hijo se refleja, como un nimbo, en la frente del padre.....

VIII.

Toda existencia tiene su proceso.—Así la planta germina, vegeta, florece, fructifica y muere en el tiempo y con la energía, belleza y utilidad físicas que le permiten su naturaleza, priméro, el aire, la luz y el cultivo que la nutren, después, y las plantas que la circundan, luego.—Así también el hombre nace, crece, procede y fenece en el tiempo y con la energía, belleza y utilidad físicas y morales que le permiten primeramente su naturaleza, después la educación que recibe, y luego los hombres que lo rodean.—La existencia de cada hombre es, pues, un ostensible sorites, en que son proposiciones concadenadas su propia naturaleza, su

educación, sus contemporáneos y su destino. Y cuenta que en este orden de ideas, más que en otro cualquiera, la expresión *el hombre* significa *el hombre y la mujer*.—De aquí la filosofía de la historia, de la novela, del drama, de la égloga, del poema; la enseñadora lógica de los hechos.—De aquí la natural curiosidad con que seguimos las interesantes peripecias de la vida humana, ya sea real ésta, ya sea ésta facticia, siempre que sea lógica, es decir, siempre que sea verdadera, con verdad absoluta en el primer caso, con verdad relativa en los demás, con belleza, siempre pues “la belleza es el esplendor de la verdad.”

Voy, pues, á estudiar, si bien tan sintéticamente cómo me lo permita este humilde análisis, el desenlace, el fin del interesante proceso de los tres asuntos integrales de *Enriquillo*.

El que de los dos episodios de la preciosa leyenda histórica que estudio se inicia primeramente, es decir, el matrimonio de doña María de Toledo con don Diego Colón, constituye un delicioso idilio, referido en cuatro admirables capítulos (XXIII, XXIV XXV y XXVI de la Primera Parte). Y le sirve á Galván, como creo haberlo dicho ya, para dar á conocer ó para recordar al lector el complejísimo carácter del rey don Fernando V de Aragón. Y las nobles personalidades de los primeros y últimos, de los únicos Virreyes de todas las Indias. Y el insuperable lujo de los grandes de España en aquella época. Después el delicioso idilio termina; los dos Virreyes (don Diego y doña María) son arrebatados por el ciclón social que la ambición y la codicia suscitan en es-

ta hermosa Isla, y aún en todo el Nuevo Mundo; y mueren prematuramente, después de haber apurado hasta las heces el amargo cáliz de las más crueles decepciones. . . .

El segundo de los dos interesantes episodios aludidos no es un delicioso idilio: es tristísima leyenda, fundada en un hecho ocasionado por el despótico derecho que á decidir de la suerte de los hijos, sin convencerlos, sin persuadirlos siquiera, tenían aún los padres en aquel tiempo, á pesar de las persuasiones del Evangelio, que laboraba, que labora todavía, por justificar todas las conciencias y suavizar todas las relaciones sociales. Este episodio comunica indecible interés á toda la Segunda Parte de *Enriquillo*. Y termina con el trágico fin terreno de dos seres formados para convertir en Edén cualquier paraje donde erigieran su hogar, y sacrificados á la mal entendida paternidad de don Cristóbal de Cuéllar y al cruel egoísmo de don Diego Velásquez.

Ahora bien, hé aquí lo que dice Galván (*Enriquillo*, Parte 3^a, Capítulo L,) acerca del fin del último de estos dos personajes: “. . . había muerto desde 1825 el gobernador Diego Velásquez, Adelantado de Cuba. No fué feliz durante los últimos años de su vida.—Su estrella se eclipsó desde que —pagando con ingratitud á Diego Colón y á Juan de Grijalva, los personajes que más habían hecho por su fortuna y por su fama,—se prestó á secundar las intrigas de Fonseca contra el primero, y despojó al segundo de su legítima gloria y de sus

derechos sobre el descubrimiento y conquista de Méjico.—Hernán Cortés fué el instrumento escogido por la Divina Justicia para vengar aquellas dos almas generosas, hiriendo por los mismos filos de la ingratitud, la soberbia y ambición del conquistador de Cuba.”

Nada distinto, empero, dice Galván acerca de la profunda y perenne tristeza con que debió anular el cielo del espíritu de don Cristóbal de Cuéllar el recuerdo del prematuro y resignado fin de su adorable hija, por él, por su mal entendida paternidad, ocasionado.... Esta es la única censura que formulo, si bien tímidamente, contra la admirable disposición de *Enriquillo*.—La Historia puede dejar sin más pena, sin más sanción que la de su picota, alguna infracción al Orden Moral, permitiendo al humano ideal de la justicia eterna tener alguna vez en cuenta que—como dice el poeta—“no es la tierra el centro de las almas”; puede Sila morir en su lecho, á pesar de sus incontables crímenes; pero no son permitidas estas misteriosas omisiones de la lógica de los hechos y de la Historia al Arte, á menos de penetrar éste expresamente en los dominios de lo preternatural.....

En cuanto á Enriquillo, *Guarocuya*, el último de los caciques quisqueyanos, el protagonista de la preciosa leyenda histórica que analizo, después de soportar—con su bella é inocente prometida—todas las crueles humillaciones que—atizados por Pedro de Mojica, deudo de ésta y administrador

de sus bienes,—pudieron imponerle los escribas y fariseos de la metrópoli de la colonia; después de soportar — además, y con su bella, amante, fiel y discreta esposa, — todas las injurias que—atizados por el mismo Mojica y Andrés de Valenzuela, presunto amo del Cacique, — pudieron hacerle los escribas y fariseos de San Juan de la Maguana; después de resistir—en las Sierras de Bahoruco, donde se alzara con algunos de los súyos, y donde se le unieran luego millares de éstos,—á seis expediciones españolas, acaudilladas por Andrés de Valenzuela, Pedro de Badillo, Iñigo Ortiz, Pedro Ortiz de Matienzo, Pedro de Soria y Hernando de San Miguel; después de obtener—del magnánimo Carlos V, y mediante el esforzado y generoso capitán Francisco de Barrio Nuevo,—la libertad civil y la autonomía colonial para él y los súyos; después de todo ésto, se estableció con su esposa y ellos en Santa María de Boyá, á mediados del año 1833. Allí murió poco después, amado y venerado por los súyos, estimado y respetado por los españoles, querido y honrado por su consorte. Esta, “siempre digna y decorosa, llegó á la ancianidad, dejando cifrada su fidelidad conyugal en la linda iglesia de Boyá, construida á expensas de Mencía, para servir de honroso sepulcro á las cenizas de Enriquillo”.

En cuanto á los principales perseguidores de éste, Mojica y Valenzuela (Andrés), el priméro fué ahorcado—á principios de la Guerra de Bahoruco, y á espaldas de Enriquillo,—por Tamayo, teniente del Cacique, y el segúndo—magnánimamente salvado del mismo Tamayo por Enriquillo, en me-

moria de su probo y pródigo bienhechor, don Francisco,—fué después digno heredero de las virtudes de su padre.

Sólo me resta ya juzgar, siempre tímidamente, el lenguaje y algunos ricos detalles, algunas bellas cinceladuras, de la preciosa joya literaria que estudio. Y este examen quedará terminado para el próximo LUNES.

IX.

Existen, á mi ver, tres infinitos.—El infinito objetivo, constituido por todos los seres reales; bien contingentes, como el hombre, ora necesarios, como Dios solamente, sea corpóreos, como el aire, ya incorpóreos, como nuestro espíritu.—El infinito subjetivo, formado por las nociones que del infinito objetivo atesore nuestra alma.—Y el infinito expresivo, integrado por la manifestación del infinito subjetivo, bien sea ella mímica, bien articulada, ya oral, ya gráfica; ora se destaque, mediante la esbelta columna griega, en el azul del cielo; bien esplenda y palpite, mediante la flexible curva de bronce ó mármol, en la estatuaria helénica; ya resalte en el muro ó en el lienzo, mediante la maravillosa perspectiva; ya vibre, mediante el aire agitado, en el oído y en el corazón del artista y de su auditorio....

El lenguaje, sobre tódo el articulado, es, pues, debe ser á lo menos, un infinito destinado á reflejar dos infinitos. . . . Por éso debe aprenderse, devotamente y durante toda la vida, priméro estudiando tratados elementales, estudiando después tratados magistrales, mas siempre, en ambos casos, didáctica, sencilla, luminosamente escritos; luego leyendo, crítica, pero humildemente, obras maestras de todas las escuelas literarias, pues tódas, aunque á través de prismas más ó menos puros y diáfanos, tienen los mismos misteriosos objetivos, la naturaleza y la sociedad; siempre componiendo, si bien modestamente, y en el género á que mejor se adapten nuestro talento y nuestro gusto; siempre también leyendo, releyendo y retocando muchas veces, tántas como las circunstancias nos lo permitan, nuestras producciones literarias.—Sí! que es la forma, ésto es, la disposición y el lenguaje unidos, lo que en cada obra literaria corresponde á cada literato, por cuanto corresponde á tódos el asunto, que—como filón inagotable—convida á tódos desde las relampagueantes profundidades de la naturaleza, de la sociedad, de la ciencia, de la historia, que es ciencia y proceso de la ciencia á la vez, y de la tradición, que es materia cósmica de la historia. . . .

Ahora bien, estudiado he ya la brillante disposición de *Enriquillo*.—Séame ahora permitido estudiar su lenguaje.

Algún descuido ortográfico, de acentuación sobre tódo, en algunas de sus nutridas páginas; alguna negligencia analógica, sobre tódo en los accidentes del sustantivo, en algunos de sus artís-

ticamente breves capítulos; algún olvido sintáctico, de régimen sobre tódo, en algunas de sus partes, asaz dramáticamente finalizadas: hé aquí los —por contraste—embellecedores lunares del lenguaje de *Enriquillo*.—*Quando que bonus dormitat Homerus*.—Y luego, de aquellos descuidos, que hoy por hoy cometemos todos los amantes de las buenas letras castellanas en ambos Mundos, tiene principalmente la culpa—con sincero respeto sea dicho—la Academia Española, por haber desvirtuado—en la octava década de este siglo—los dos principios en que se basa nuestro acento prosódico, priméro, nuestro acento ortográfico, después; y de aquellas negligencias y estos olvidos la tiene —merced á la relativa intimidad con que se tratan en los pueblos hispano-americanos todas las condiciones sociales;—la tiene, digo, la dificultad con que se sobreponen á los barbarismos y solecismos del vulgo los amantes de las mismas buenas letras en la América Española, aún los que—como nuestro Galván—tienen por ideal filológico la relativa perfección literaria de Quintana y Jovellanos. Y —por otra parte—cuánta amena lógica en las narraciones del mismo libro! Cuánta discreta naturalidad en sus diálogos! Qué retórica tan hábilmente sobria y bella en sus descripciones! Cuánta admirable perseverancia en sus caracteres! Cuánto pensamiento delicado! Cuánto pensamiento profundo!

Claro está que estas exclamaciones mías dan testimonio de que no estoy completamente de acuerdo con nuestro ilustrado don Nicolás Heredia, cuando, hablando de *Enriquillo*, en un estu-

dio crítico suyo, reimpresso aquí en estos días, afirma que “la misma riqueza de materiales, unida á la variedad exuberante de caracteres, perjudica á la obra en su aspecto artístico, aunque la avalore en lo que á la verdad histórica se refiere”

Nó! Esa riqueza de materiales es indispensable en la resurrección artística de dos civilizaciones muertas, y de las cuales la úna arrebató y defendió la ótra territorios y cielo espléndidos, libertad augusta, existencia apacible, pasado venerando, presente amable, porvenir halagüeño . . . Nó y nó!—Esa variedad de caracteres es indispensable en la gallarda síntesis religiosa, civil y política de una época, sobre tódo si esa época es insuperablemente dramática; y el libro de nuestro Galván, historia, novela, ó poema, tiene por asunto la gallarda síntesis de una época de tál naturaleza; y en libros de tál clase, llámelos como los llame la modestia de su autor, pueden, como en la existencia de las civilizaciones por ellos resucitadas, “extinguirse, como bóldos que brillan un instante, sin dejar la luminosa huella de su paso,” los personajes de tercer orden, de cuarto, de orden inferior, la comparsa de todas las épocas—Nó! mil veces nó!—Lo que hay de cierto aquí es que nuestro don Nicolás se ha dejado sorprender por la amena lógica y por la exquisita retórica de nuestro don Manuel: ha tomado por históricos todos los personajes de *Enriquillo*, el mismo Mojica inclusive, y todas las perípicias del libro, inclusive los amores de María de Cuéllar con Juan de Grijalva Qué triunfo para nuestro Galván esta sorpresa dada á nuestro Heredia!

X.

Teniendo en cuenta que muchas personas carecen de vagar ó gusto para leer un libro, y los tienen, sin embargo, para leer un periódico, copio á continuación algunos bellos pasajes de *Enriquillo*, para los que no hayan leído ó sólo hayan *soleído* este precioso libro.

Hé aquí un magnífico modelo de sintética narración histórica:

“Pertenece el contador real don Cristóbal de Cuéllar, por sus principios y sus ideas, al siglo en que había nacido; á ese fecundo siglo décimo quinto, que cierra la tenebrosa Edad Media con la caída del Imperio de Oriente, la conquista de Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo. Mitad sombra y mitad luz, aquella centuria, al expirar, preludiaba dignamente al gran siglo del Renacimiento de las letras y las artes, á que tanto contribuyó la emigración á Italia de los mas ilustres sabios y literatos de la ya mahometana Constantinopla. Los últimos destellos del feudalismo, los postrimeros resplandores de una civilización grosera, que tenía por base el despotismo de los señores y el envilecimiento de los vasallos, aparecían mas lívidos y siniestros, al confundirse con los primeros albores de la Edad Moderna, cuando despertaba de su letargo secular el espíritu humano, y se acogía á la concentración del poder real, como á un puerto de refugio contra la bestial opresión de los múltiples tiranos.”

“Imponíase entonces á la conciencia de los pueblos la idea de la real potestad, como hoy se

impone la idea democrática bajo la forma racional de la república, consecuencia del mayor adelanto de las ciencias morales y políticas. Y por un efecto natural del horror que inspiraban las reminiscencias del feudalismo, los entendimientos vulgares se inclinaban á convertir en culto apasionado y fanático el cumplimiento de los deberes de súbdito; extremo á que se ve llegar aun en nuestros dias á muchos hombres de mérito, que creen encontrar en la exageracion del principio de autoridad el precioso talisman que ha de preservar las sociedades modernas de la invasion de las ideas demagógicas; lo que no es sino un error funesto, que tiende, aunque inútilmente, á hacer retroceder la historia, deteniendo el carro triunfal de la civilizacion y el derecho.”

He aquí úno, nó menos magnífico, de analítica narración novelesca:

“Las fórmulas matrimoniales se llenaron todas sin incidente notable. El *sí* fué pronunciado por la doncella con voz clara y segura; y los dos novios, ya unidos en indisoluble lazo, asistieron, sentados en magníficos siales y bajo un dosel de púrpura, á la solemne misa que siguió inmediatamente á la ceremonia matrimonial. Terminada la funcion religiosa, se dirigieron con gran acompañamiento á la casa de Gobierno, donde á las doce principió el suntuoso festin, que duró hasta las tres de la tarde.”

“Para las cinco estaba dispuesta una junta de caballeros, en la cual, deseoso de lucir su valor y gallardia honrando dignamente á su esposa, Velasquez se habia comprometido á romper ocho lanzas con otros tantos jinetes.”

“A la hora prefijada, lleno de expectadores el extenso circuito que, rodeado de las principales y mas vistosas tiendas de campaña, servia de palestra; llevando el mantenedor y los demas contendientes, todos en soberbios corceles, por armas defensivas únicamente la bruñida coraza, para ostentar en toda su riqueza las cortesananas ropillas de brocado y las airosas sobrevestas; en el mismo punto en que Velasquez y el primer caballero que debia justar con él tomaban sus respectivos puestos, y solo aguardaban la señal de las trompetas para lanzarse al encuentro; en aquel momento, en que la suspension de los ánimos era general, y el silencio absoluto y solemne, se oyó resonar un grito agudo y angustioso, que partió de la tribuna principal, desde donde asistian á la fiesta la familia y los deudos del Gobernador. Siguióse una revuelta confusion en la tribuna; y cuando Velasquez, no repuesto aun de la primera sorpresa, inquiria con inquieta mirada el motivo de aquella alteracion, vió á don Cristóbal de Cuéllar que, adelantándose á la balaustrada, con voz y gesto despavoridos, le dirigió estas fatídicas palabras:

—Vuestra esposa se muere!”

“Velasquez voló allá, y así se terminó la fiesta. Encontró á su novia en los brazos de la joven Catalina Juarez, la que despues llegó á casarse con Hernan Cortés, y que habia ido á Cuba como camarera de María de Cuéllar.”

“Privada esta de sentido, la trasportaron á su lecho, y allí se le prodigaron todos los socorros de la medicina. Permaneció dos horas sin conocimiento, y le volvieron los sentidos por breves instantes, solamente para delirar en frases incoheren-

tes, oyéndosele mencionar á su padre, á la virreina, y nombrar á Las Casas. Recayó muy pronto en la inercia, y volvió á delirar al cabo de otras tres horas, alternando así el delirio y el letargo nervioso, bien que este fué haciéndose cada vez mas largo é intenso. En tal estado duró la infeliz jóven cinco dias; y al sexto, volviendo un momento en su acuerdo, fijó en su padre una mirada profunda, diciéndole con voz triste al par que tierna:

—Padre mio, os obedecí, y no me pesa. Bendicidme, y tened á bien recordar mi encargo al Padre Las Casas! Adios!”

“Un destello de júbilo brilló en el rostro de Velasquez, al oír hablar á su esposa. Acudió solícito al lecho desde el sillón en que espiaba ansioso las peripecias de aquella misteriosa crisis, y no llegó sino á tiempo de ver la pálida frente de María inclinarse como un lirio trunchado, y sus bellos ojos cerrarse para siempre á la luz de la vida.”

Hé aquí ótros de discretísimos diálogos:

“Diego Colon se adelantó con desembarazo, sin precipitacion ni recelo, hacia el lugar que ocupaba Velasquez. Este se puso en pié, y trató de encubrir, con su actitud respetuosa y el ademan cortés con que se quitó el sombrero, la turbacion que repentinamente habia embargado su ánimo al percibir al dueño de la casa.

—Buenas noches, Señor Don Diego Velasquez,—dijo el Almirante con la mayor naturalidad.—A estas horas no es lo mas sano el aire que corre en este verjel.

—Señor,—contestó, afectando tranquilidad, Ve-

lasquez:—no he venido meramente por tomar el fresco, sino á cumplir con un llamamiento que no podia desatender.

—¿Y no teneis inconveniente en decirme quién os llamó á este sitio y en tal hora?—preguntó Diego Colon, dejando traslucir alguna ironía en su acento.

—Ningun inconveniente —respondió Velasquez—puede haber para mí tratándose de satisfacer la justa curiosidad de vuestra señoría. Mi prometida, doña María de Cuéllar, me escribió que tenia que comunicarme algo importante; y yo he venido, sin reserva ni misterio de ninguna especie, porque, habiendo recibido los plácemes de vuestra señoría por mi concertado enlace, no he creido faltar al respeto que os tributo con obedecer la indicacion de mi prometida esposa. De otra suerte, jamas hubiera puesto los piés en este recinto, que, por ser vuestro, es un santuario para mí.

—Don Diego—dijo gravemente el Almirante—sincero sois, y esto me place. Sabia todo lo que me habeis dicho, y es exacto. He aquí mi mano. Ahora tengo interés en trocar ese papel, que recibisteis esta tarde, conteniendo el llamamiento á este sitio, por el billete que aquí os presento, y que contiene la expresion de los deseos de vuestra prometida, y la excusa de no poder venir personalmente á recibirlos.

—Diego Velasquez vaciló un tanto: le sorprendió ver todo un potentado como el Almirante y Gobernador de la colonia tan avenido á desempeñar un papel nada airoso por cierto, ni digno de su persona.

—¿Dudais, Don Diego?—añadió el Almirante con alguna severidad.

—No dudo nada de vos, señor, —respondió

Velasquez.—Estoy solamente confundido por vuestra bondad.

—Ella es efecto de la alta estimacion que os tengo, Velasquez. Otro cualquiera no hubiera entrado impunemente aquí, como vos lo habeis hecho, con sana intencion, sin duda, pero incurriendo, como vuestra prometida, en un grave yerro al efectuar esta cita.—Por este mismo incidente, y por la amistad con que os distingo á vos, y mi esposa distingue á María de Cuéllar, tengo mayor interes en que la boda quede concertada, si bien diferida por algun tiempo; y esto es precisamente lo que os dice la novia en este billete, que yo, el Almirante Gobernador, pongo en vuestras manos.

Velasquez tomó el papel sin saber si debía objetar algo ó dar las gracias; y Diego Colon le dijo sonriendo:

—Advertid que es cambio, y no dádiva: devolverme el otro de esta tarde.

—Señor, yo . . . yo quisiera que lo dejarais en mi poder hasta mañana—replicó Velasquez.

—De ningun modo, amigo mio: seamos buenos amigos, como yo lo deseo, y os conviene,—dijo el Almirante en tono enérgico y resuelto.—Dadme ese papel, pues que ganais en el cambio: si persistís en negármelo, yo lo habré de tomar sobre vuestro cadáver.

—Señor,—dijo Velasquez con altivez—la amenaza es el único medio que podríais emplear para ser desobedecido por quien, como yo, se honra con ser vuestro.

—Oid, Velasquez: ofrecí á María de Cuéllar llevarle ese papel, en señal de haberos entregado el de ahora. No se trata de sorprender ningun secreto, pues que yo sé que tal billete solo contie-

ne, sobre poco mas ó ménos, estas palabras: ea, memoria! ayúdame!.....

“*Conviene que oigais explicaciones mías sobre asunto que toca á vuestra dicha....*” ¿Es eso, Don Diego?—preguntó el Almirante interrumpiéndose.

—Sí, señor; adelante!—contestó Velasquez.

—Pues prosigo: “*por tratarse de vuestra comenzada empresa. Esta noche os aguardo en el jardín, por la puerta que da al río....*” Es esto? —volvió á preguntar Diego Colon.

—Si, señor,—dijo sonriendo Velasquez;—con muy poca diferencia. Tiene vueseñoría felicísima memoria; y en premio, aquí está el papel que deseais. Qué puedo yo negaros?

Diego Colon se acercó á la luz del mas próximo farol, desdobló el papel, y á un somero examen de la letra, reconoció que era la prenda que deseaba rescatar. Tendió, pues, complacido la diestra á Velasquez, diciéndole:

—Podeis retiraros, seguro de que no teneis mejor amigo que yo: os lo probaré muy pronto. Adios!

Pero ántes de salir del redondel en que se hallaban, se les presentó bruscamente Grijalva, á quien juzgaban interesado en no dejarse ver de ellos. Velasquez llevó la mano á la empuñadura de su espada, sorprendido con la repentina aparicion de su rival.

—Escuchad, Don Diego, — le dijo Grijalva conteniéndole con el ademan:—no se trata de eso.-- ¿Sabiais que yo amaba á Doña María de Cuéllar?

—No por cierto, jóven, — respondió Velásquez.—Me puse en actitud de defenderme, porque no os reconocí al presentaros de repente.....

—Pues bien,—replicó Grijalva:—sabed que yo amaba á esa dama; y os lo digo con esta since-

ridad, para tener derecho á ser creído en lo que voy á añadir: si ese papel que os ha entregado el Almirante, y cuya sustancia os ha referido, segun lo escuché desde aquel rincon, dice efectivamente lo que el Almirante os ha dicho, yo os ofrezco solemnemente, no solo dejar de ser vuestro rival, sino serviros con mi persona, con mi espada y con mi aliento, como vuestro mas obligado deudo. ¿Consentís en mostrármelo?

Irresoluto Velasquez volvió la vista á Mojica, que, comprendiendo que le pedía consejo, fué en su auxilio con estas palabras:

—Creo que vale la pena, y está muy puesto en razon lo que pide el caballero Grijalva, Señor Don Diego.

—Pues bien, leamos juntos, Don Juan,—dijo Velasquez.

Y los dos se aproximaron á un fanal, seguidos de Mojica, que todo lo queria palpar y oler por sí mismo.

Velasquez leyó en alta voz, miéntras Grijalva devoraba los caracteres del papel con la vista.

“Sabed, Señor Don Diego,—decia el billete,— ‘que no puedo ir en persona al jardin, como os ‘habia ofrecido. El objeto del llamamiento que ‘os hice fué para pedir os encarecidamente que en ‘las vistas que celebraremos mañana, en presen- ‘cia de mi padre, aplaceis para de aquí á un año ‘nuestra concertada boda. Es un voto que tengo ‘que cumplir en ese tiempo. Os agradeceré que ‘así lo hagais por amor mio. Soy muy respetuo- ‘samente vuestra prometida, —*María de Cuéllar.*”

—¡Bendita sea!— exclamó entusiasmado Mojica, que habia leído el billete por entre los hombros de Grijalva y Velasquez.

—¿Estais satisfecho, Señor Don Juan?—preguntó el último.

—Sí,—dijo con voz ahogada el infeliz Grijalva;—y os cumpliré lo que os tengo ofrecido. Vuestro soy.

Velasquez le tendió afectuosamente la mano, y salió del jardín seguido de Mojica.

Juan de Grijalva se dejó caer con profundo abandono sobre uno de los asientos, y se cubrió el rostro con ámbas manos.

Viéndole en aquella actitud, su amigo Don García de Aguilar, que efectivamente lo acompañaba, y se mantenía en observacion al amparo del tupido cortinaje de verdura, acudió á él, y le dijo con afectuosa solicitud:

—Vamos, Grijalva, ánimo! Cruel ha sido el desengaño; pero fácil te será consolarte con otro amor. Perdona, caro amigo: ni sé lo que estoy diciendo; pero mis lábios, exentos de artificio, traducen, quizá torpemente, las inspiraciones de mi fiel amistad.

Grijalva no contestó; se puso en pié, y á su vez salieron ambos jóvenes, triste y silenciosamente, del jardín de la Fortaleza.”

Hé aquí ótro de sobria y bella descripción:

“Amanecía plenamente: de los ranchos ó cabañas cubiertas de ramas de árboles, y que servían de viviendas á los confiados y perezosos indios, se escapaba ese humo azulado y leve que denuncia los primeros cuidados con que el hombre acude á las mas imperiosas necesidades de su existencia; algunos vagaban con aire distraido al rededor de la ranchería, ó *yucuyagua*, llevando en la boca el

grosero *túbano*. Distinguíase á primera vista la figura escultural de su caudillo, que, abismado en honda meditacion, se reclinaba, con el abandono propio de las grandes tristezas, en el tronco de un alto y robusto córbano, de cuya trémula copa, que el sol hacia brillar con sus primeros rayos, enviaba el ruiseñor sus trinos á los ecos apacibles de la montaña; los árboles, meciendo en blando susurro el flexible follaje, respondian armónicamente al sordo rumor del mar, cuyas olas azules y argentadas se divisaban á lo léjos desde aquellas alturas, formando una orla espléndida al extenso y grandioso panorama.”

“Aveníanse con tan magnífica escena aquella quietud, aquel absoluto descuido de los indios: es de presumirse que, cerciorados por sus espías de que no se habia hecho daño alguno á los presentados con Las Casas, los rezagados estuvieran meditando llevar también á efecto su completa sumision, y de aquí proviniera su confianza y negligencia.”

“De improviso, el estridente sonido de un clarin rasga los aires, partiendo de un ángulo de la meseta; y apenas se extingue la última nota de su bélica tocata, otro clarin y otro contestan desde dos ámbitos opuestos, apareciendo por tres puntos á la vez la hueste española, precedida del fragor de sus arcabuces, del áspero ladrido de sus perros de presa, y al grito, en Granada poco antes glorioso, de *cierra España!*, intempestivo y profano en aquel monte, cargando con ciega furia á salvajes inofensivos é indefensos.”

“Atónitos, sorprendidos y aterrados los infelices indios con la brusca acometida de los guerreros españoles, prorrumpen en clamores lastimeros, y tratan de huir; pero la muerte les sale al paso

por todas partes en el filo de los aceros castellanos: la sangre de las víctimas enrojece el suelo; el incendio no tarda en asociarse á la obra de exterminio, y las pajizas cabañas, convertidas en ardiente hoguera, abrasan los cuerpos de los que, paralizados por el terror, permanecen á su pérfido abrigo; los que, medio chamuscados ya, huyen del fuego, son rematados por el furor de los hombres, y solo consiguen una muerte más pronta en las puntas de las lanzas. Por todo aquel campo reina la desolacion y el estrago.”

Hé aquí ahora algunos pensamientos notables en *Enriquillo* escogidos:

“Las Casas habia regresado á la capital, no bien terminó la campaña, con el alma enferma y llena de horror por las atrocidades indecibles que habia presenciado en la llamada Guerra de Higüey.

—Buenas cosas habreis visto, Señor Las Casas,—dijo el comendador con cruel ironía, al presentársele el licenciado.

—Ya las contaré á quien conviene,—respondió el filántropo.

—¿A quién?—repuso altivamente Ovando.

—A la posteridad!—replicó, mirándole fijamente, Las Casas.”

“Figúrasenos que, para el inexorable tirano de Hispaniola, como para todos los déspotas que, abusando de una autoridad ilimitada, han legado cien crímenes á la memoria de la posteridad, los últimos instantes de la existencia transcurrieron entre las angustias de un combate moral, libra-

do en los profundos antros de su espíritu—*Por qué no pude más?*—grita la soberbia humillada é impotente; *por qué pude tanto?*—clama sobrecogida la conciencia.”

“El mando da de sí el engreimiento; y los buenos consejos son vago rumor para los oídos del poderoso. De aquí vienen luego las grandes caídas y los tardíos arrepentimientos.”

“Al que recibe un beneficio sólo le compete agradecerlo, en tanto que no tienda á su humillación y envilecimiento, límite donde toda honrada gratitud debe detenerse altivamente.”

“En el corazón del bueno, las manifestaciones del rencor se limitan al noble deseo de que la justicia triunfe y la iniquidad sea confundida.”

“La facilidad con que el espíritu de lucro, puesto como base fundamental á la creación de colonias, degenera en desenfrenada codicia, y se engreie, convencido de que todos los sentimientos del hombre deben estar subordinados á la sórdida utilidad, es causa de que se difunda en la atmósfera moral de las sociedades así constituidas una especie de niebla mefítica, que ofusca la razón, y la convierte en cámara oscura, donde los objetos se reflejan falazmente, en sentido inverso del que

realmente tienen; y de esta especie de fascinación solo pueden librarse las conciencias privilegiadas por un temple exquisito, cuya rectitud resiste sin torcerse á todas las aberraciones, á todas las sugestiones del interés ó del temor.—*Rara avis.*”

“Sometido el juicio á esa fascinación, las leyes morales subvertidas no sublevan el espíritu de justicia: la iniquidad parece cosa aceptable y hasta necesaria; y se llega á temblar ante la idea de los desastres imaginarios que ha de traer consigo el reponer los elementos sociales sobre las bases eternas, sacrosantas, inviolables, aunque frecuentemente violadas, de la naturaleza y el derecho.”

“Ser humilde con los soberbios solo sirve para engreír y empedernir á este género de pecadores, á quienes conviene, al contrario, abrirles la vía del arrepentimiento, haciéndoles sentir lo que ellos hacen padecer á otros.

“Casi habíamos olvidado la interesante criatura, desde que su duro destino y la generosa altivez de su carácter la condujeron á morar en el seno de aquella ruda y agreste serranía. Algun tiempo se mostró preocupada y triste: su soledad le parecía espantosa, mientras que Enrique, su amado compañero, estaba enteramente consagrado á la organización de su montañoso estado. Mas, cuando por primera vez el valiente Cacique se presentó á sus ojos victorioso; cuando arrojó á los pies de ella la espada inútil del arrogante Valenzuela; cuando, cubierto aun con el polvo del com-

bate, se le mostró grande, verdaderamente libre, con la aureola augusta del valor heroico y de la dignidad recobrada, entonces el corazon de Mencía palpitó á impulsos de imponderable satisfaccion y de legítimo orgullo; y arrojándose en los brazos del conmovido guerrero, besó con santo entusiasmo su rostro varonil; corrieron sus cristalinas lágrimas por el robusto y polvoroso cuello del caudillo; y sus labios, trémulos de grata emocion, murmuraron apenas esta frase expresiva:—Grande, libre, vengado. . . .: así te quiero!”

“Fué un dia á orar ante la tumba del inmortal Guaroa. ¡Dios solo sabe lo que la grande alma del vivo comunicó entónces á la grande alma del muerto! Despues reunió su gente; emprendió con ella la salida del seno de aquellas hospitalarias y queridas montañas; y á punto de perderlas de vista, se volvió á mirarlas por última vez; y se le oyó murmurar la palabra *adios*; y algo como una lágrima rodó sigilosamente por su faz varonil.”

“Este fué el fin de la célebre rebelion de Enriquillo, que resistió victoriosa por mas de trece años á la fuerza de las armas y á los ardides, á las tentadoras promesas. La magnanimidad justiciera de un gran monarca y la abnegacion paciente de un honrado militar fueron los únicos agentes eficaces para resolver aquella viril protesta del sufrido quisqueyano contra la arbitrariedad y la violencia; enseñanza mal aprovechada; ejemplo que de poco sirvió en lo sucesivo; pero cuya moral saludable ha sido sancionada con el sello

de la experiencia, y se cumple rigurosamente á nuestra vista, al cabo de tres siglos y medio.”

“Este nombre vive y vivirá eternamente: un gran lago lo perpetúa con su denominacion geográfica; las erguidas montañas del Bahoruco parece como que lo levantan hasta la region de las nubes, y á cualquier distancia que se alcance á divisarlas en su vasto desarrollo, la sinuosa cordillera, destacando sus altas cimas sobre el azul de los cielos, contorneando los lejanos horizontes, evoca con muda elocuencia el recuerdo glorioso de ENRIQUILLO.”

Suspendo aquí estas citas, que serían, si nó, muy numerosas. Y suspendería también aquí este desaliñado Estudio Crítico, si no me creyera obligado á ocupar con él una ó dos columnas del próximo “Lunes del LISTIN”; y ello en obsequio especial de la Juventud estudiosa de la República, á quien me he tomado la libertad de dedicar este humilde trabajo. En ella, en la Juventud estudiosa de la República, amo y sirvo devotamente la Patria de mañana.

XI.

El hecho de haber dedicado estos desaliñados artículos míos á nuestra Juventud estudiosa, y por consiguiente ilustrada, modesta, digna depositaria de la fe nacional, de la esperanza nacional,

del amor nacional, de los santos afectos nacionales que nuestra primera generación prodigó—en la familia, en la escuela y en la iglesia ejemplares y fecundas, en el concejo, en la asamblea y en el ministerio patriotas y previsores, en el tribunal incorruptible y garantizador, en el ejército abnegado y victorioso, en la prensa decente y eficaz,—y de que—merced á nuestros vergonzosos conflictos y abusos políticos, causas y efectos alternativamente,—va careciendo nuestra segunda generación, la generación de que formo parte; este hecho, digo, me obliga á dedicaros especialmente éste, penúltimo de estos desaliñados artículos míos, á vosotros, jóvenes que reunís tan altas dotes, y tenéis tan augusta misión.

Mi primer móvil, al dedicaros este humilde Estudio, y al proponerme dedicaros ótros de la misma naturaleza, ha sido exhortaros á conocer la patria intelectual de nuestras dos primeras generaciones; así en la poesía lírica—precisa y esmerada unas veces, difusa y desaliñada ótras, honrada y generosa siempre,—de nuestro Valencia, de nuestro Angulo, de nuestro Delmonte, de nuestro Ureña, de nuestro Mota, de nuestros González, de nuestro Pichardo, de nuestros dos Rodríguez, de nuestro Pellerano, de nuestro Pérez, de nuestros dos Henríquez, de nuestro Ortea, de nuestro Machado, de nuestro Tejera, de nuestras dos musas, la Perdomo y la Ureña; así en la poesía dramática de úno de los dos Henríquez (D. Federico), del

mismo Angulo, del mismo Delmonte, de éste último, sobre todo, cuyo teatro, cuya conmovedora y luminosa tragedia “Antonio Duvergé”, principalmente, debéis obtener que se publique, para honra suya y edificación vuestra; así en esa poesía lírica, así en esa poesía dramática, como en la prosa—asimismo precisa y esmerada unas veces, igualmente difusa y desaliñada ótras, también honrada y generosa siempre,—de nuestro mismo Delmonte, de nuestro Angulo (D. Alejandro), de nuestro Rojas, de nuestro Bonó, de nuestro Espaillet, de nuestro García, de nuestro Gautier, de nuestro Galván, de nuestro Tejera (Don Emiliano) de nuestro Meriño, de nuestro Luperón, de nuestro Cestero, de nuestro Amiama, de nuestro Llenas, de nuestros dos Billini, de nuestro Grullón, de nuestro Franco, de nuestro Abreu Licairac, y aún de otros muchos cuya cultura y patriotismo han dignificado la Prensa particular y oficial de la República, desde la cuna de ésta hasta sus actuales días.

Mi segundo móvil, al dedicaros este humilde Estudio, y al proponerme dedicaros ótros de la misma naturaleza, ha sido mostraros práctica—y cuenta que no digo magistralmente!—que puede úno hacer la crítica esencial, ó formal, ó completa, de un libro, ó de un folleto, y discutir, ya el asunto, ya el plan de cualquier artículo de interés, ora particular, ora general, sin *desconsiderar* al autor, sin *desconsiderar* al lector, sin *desconsiderarse* á sí mismo, empleando en la Prensa, ante un audito-



rio innumerable, un lenguaje que ningún caballero emplearía en paraje alguno. Y digo solamente “hacer la crítica esencial, ó formal, ó completa, de un libro, ó de un folleto, y discutir, ya el asunto, ya el plan de cualquier artículo de interés, ora particular, ora general ” porque éso de lanzarse sobre alguna breve, y acaso insignificante poesía, sobre algún exiguo, y tal vez inofensivo artículo literario, ensañándose con su pobre autor, quizás modesto principiante, llamado, empero, á más lustre que el de su crítico; y ello á favor de la en tales casos repugnante careta del seudónimo; y ello también con motivo de algún leve descuido gramatical; y ello, por último, habiendo á la vez cien asuntos de verdadero interés público que tratar, y que el tal crítico no trata por ignorancia ó cobardía; éso únicamente para los que se apacientan de escándalos en la Prensa, en todas partes acaso, es hacedero.

Y mi tercero y postrer móvil, al dedicaros este humilde Estudio, y al proponerme dedicaros ótros de la misma naturaleza, ha sido mostraros práctica—y cuenta otra vez que no digo magistralmente!—que toda verdadera crítica de una obra digna de ella debe constar, hasta dónde lo permitan las circunstancias, de seis estudios capitales; debe constar del estudio de los medios físico, intelectual, moral y estético en que floreciera el autor; del estudio del carácter de éste; del estudio de la naturaleza de su obra; de los estudios del

asunto, del plan y del lenguaje de la misma; y que en todos estos estudios son la naturaleza y la sociedad aplicadas, la ciencia y el arte en acción, los supremos criterios.....

Y basta para este artículo, jóvenes estudiosos, ilustrados y modestos amigos míos, cerebro y corazón del país á vuelta de algunos años! Sí! basta, tratándose de vosotros: *intelligentibus pauca*; al buen entendedor pocas palabras.

XII Y ULTIMO.

Ordenado y ameno relato de la vida de las sociedades humanas, para perenne execración del mal, para perpetua glorificación del bien, para continua é indeleble trasmisión de la experiencia de las generaciones muertas á las generaciones vivas....: así, poco más ó menos, he definido la Historia en úno de los precedentes artículos de este desaliñado Estudio. Y así la defino en éste, que será el último de los mismos, esperando obtener, mediante la glosa de esta definición, que nuestra Junta Superior de Estudios, actualmente compuesta de próceres ilustrados y progresistas; que nuestro Gobierno Supremo, análogamente constituido en la actualidad; que nuestro actual Jefe del Estado, moralmente obligado á merecer—más, y con nuevas instituciones de luz y bien,—su reciente reelección y la progresiva paz que—mediante enormes sacrificios comunes—ha proporcionado al país; que nuestro Congreso Nacional, actualmente constituido por ciudadanos apasionadamen-

te enamorados de todos los progresos; que todas estas altas entidades, digo, nos provean de una CATEDRA ESPECIAL DE HISTORIA DE AMERICA Y DE HISTORIA PATRIA.....

“Ordenado y ameno relato de la vida de las sociedades humanas” ha de ser la Historia, en efecto.—Por cierto que sí! que existe la lógica de los hechos en los hombres y en las sociedades por ellos constituidas, como existe la lógica de los fenómenos en los cuerpos y en los grupos constituidos por ellos.—Sí, por cierto! que el infinito expresivo debe ser bello, como los infinitos subjetivo y objetivo que refleja; que la narración de la vida debe ser dramática, como la vida misma; que el artista finito debe imitar siempre al Infinito Artista.....

“Para perenne execración del mal” debe hacerse “el ordenado y ameno relato de la vida de las sociedades humanas”.—Sí, en efecto! que—salvo raras y misteriosas excepciones—el orden moral se realiza ostensiblemente; que todo exceso—así fisiológico como social, bien religioso, bien civil, bien político, y salvo excepciones raras y misteriosas,—es ostensiblemente castigado; que la Historia es

la perpetua picota de los grandes infractores del orden moral

—

“Para perpetua glorificación del bien” debe hacerse “el ordenado y ameno relato de la vida de las sociedades humanas.”—En efecto que sí! que toda templanza—ora política, ora civil, ora religiosa, así social como fisiológica, y también salvo raras y misteriosas excepciones,—es premiada ostensiblemente; que los grandes observadores del orden moral tienen en la Historia un pedestal diamantino

—

“Para continua é indeleble trasmisión de la experiencia de las generaciones muertas á las generaciones vivas” debe hacerse “el ordenado relato de la vida de las sociedades humanas.”—Ah! que sí! — Dadas las mismas circunstancias físicas, se repiten los mismos fenómenos físicos.—Dadas las mismas circunstancias intelectuales, morales ó estéticas, se repiten los mismos fenómenos estéticos, morales ó intelectuales.—“La Historia se repite”.—La filosofía del inapreciable libro *Grandeza y Decadencia de los Romanos*, en que Montesquieu, el sabio autor del *Espíritu de las Leyes*, puso en esencia toda su sabiduría, puede

aplicarse á la grandeza y decadencia de todos los pueblos que han llenado de luz y sombras, de gloria y oprobios, las imperecederas páginas de la Historia.

Y no miren los escépticos como execraciones y glorificaciones imaginarias las execraciones y glorificaciones de la misma Historia. Nó! que todas las muchedumbres de todas las épocas y latitudes históricas, y todos los pensadores de todas las históricas latitudes y épocas, y todos los mismos escépticos supuestos, han presentido, presienten, y presentirán por los siglos de los siglos, ya como una horrible pesadilla, ya como un ensueño halagador, la existencia de la inmortalidad consciente en lo infinito. . . . Y nó! que—en último extremo—habrán de tener los supuestos escépticos hijos, y nietos, y biznietos, descendientes laterales ó colaterales, que se avergüencen ó envanezcan de sus mayores.

Y—si de las reflexiones generales pasa á los particulares en este asunto; si del concepto de la utilidad de la Historia Universal pasa al concepto de la utilidad de la Historia de América, y sobre todo de la Historia Patria,—cuántas consideracio-

nes luminosas y justas ve surgir en su espíritu el verdadero patriota dominicano! cuántas enseñanzas religiosas, civiles y políticas vislumbra! cuántas censuras ve tornarse en alabanzas! cuántas alabanzas ve trocarse en censuras! cuántas pequeneces y grandezas ve compensadas! cuántos errores religiosos, civiles y políticos ve evitados en lo porvenir! cuántos aciertos para el mismo porvenir ve preparados!.....

Créen, pues, nuestra actual Junta Superior de Estudios, nuestro actual Gobierno Supremo, nuestro actual Jefe del Estado, nuestro actual Congreso Nacional, la indicada CATEDRA ESPECIAL DE HISTORIA DE AMERICA Y DE HISTORIA PATRIA!....

Un modesto apartado bastaría—para iniciar la formación de una BIBLIOTECA NACIONAL, con el allegamiento de una buena Historia Universal; de los más importantes libros europeos y americanos sobre la Historia del Nuevo Mundo; de todos nuestros libros y folletos nacionales, fuera cual fuera su género; de una modesta galería de retratos de las principales notabilidades de nuestras tres generaciones.—Y para señalar al correspondiente Bibliotecario honorarios que le permitieran



atender correspondientemente el establecimiento, y responder de los libros y de los objetos que se le confiaran.—Y para señalar el precio de los correspondientes honorarios que se premiara por el mismo dar—conforme á programa peculiarmente escrito, y esmeradamente copiado en adecuado pizarrón,—una conferencia, quincenal siquiera, y que no durara menos de una hora.—Y para discernir un premio y un *acesit* anuales y estimuladores á los dos Alumnos que compusieran las dos mejores disertaciones que sobre cuestiones de Historia Americana ó Patria se escogieran y anunciaran previamente.....

Y mientras que la BIBLIOTECA NACIONAL tuviera local propio, podría serlo provisionalmente úno de los salones del Instituto Profesional.—Bibliotecario, el Secretario del mismo Instituto.—Catedrático, úno de nuestros historiógrafos, ésto es, D. JOSE G. GARCIA, D. M. DE J. GALVAN, D. EMILIANO TEJERA, D. FERNANDO A. DE MERIÑO, D. R. ABREU LICAIRAC, D. HIPOLITO BILLINI, D. FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL.... —Alumnos, tódos los del mismo Instituto, tódos los de los dos últimos Cursos del Colegio Central, y cuáutos aficionados se inscribieran como Oyentes.—Días de conferencia, el sábado primero, y el último, ó ambos, en cada mes, al caer la tarde.—Cuerpo que reglamentara, inspeccionara, juzgara y premiara, el de Catedráticos del dos veces mencionado Instituto....

Créen, pues, nuestra actual Junta Superior de Estudios, nuestro actual Gobierno Supremo, nuestro actual Jefe del Estado y nuestro actual Congreso Nacional la indicada CATEDRA ESPECIAL DE HISTORIA DE AMERICA Y DE HISTORIA PATRIA!— Créen el más fecundo de todos los capitolios posibles entre nosotros!—Acendrado amor á la verdad histórica; imparcial justicia y meditada indulgencia para con los bienhechores nacionales; saludable temor á las execraciones y modesto anhelo de las bendiciones de la posteridad; sincero amor á la paz, al progreso, á la patria, en muchos de sus hermanos menores en ella: tál sería á la larga, si me escuchasen, la magnífica obra de las altas entidades nacionales respetuosamente por mí aludidas en este humilde trabajo!

M. DE J. DE PEÑA Y REINOSO.

NOTA TIPOGRAFICA.

Destinada esta colección de artículos sólo á lectores inteligentes, puede el Editor esperar que ellos suplan la acostumbrada *Fe de Erratas*.—Se limita, pues, á rogar aquí á su culto y respetado amigo D. M. de J. Galván excuse—con la anarquía que sobre el particular reina hoy por hoy—las involuntarias variantes ortográficas que se le hayan escapado, al corregir las pruebas de las citas del *Enriquillo* por el señor PEÑA Y REINOSO hechas.

E. D.

